

MALETAS MARCA ESPAÑA
(LA VOZ DE UNA GENERACIÓN)
Amalia Iglesias Serna

Leí los poemas de Ana Vidal Egea en 2009, como jurado del Premio "La voz + joven", de la Obra Social Caja Madrid. Tuve entonces oportunidad de defender aquellos versos en los que se vislumbraba una voz cuya fuerza envolvente no estaba sólo en lo que contaba en un tono confesional sino en cómo construía el poema y en las imágenes de las que se servía para crear aquellas atmósferas. Desde el comienzo, sin saber su identidad, se intuían tres cosas: la primera que era una mujer la que escribía; otra que lo que estaba leyendo se enraizaba profundamente en lo autobiográfico y la tercera que había detrás una intencionalidad de crear literatura, de "construir" un poema con todo lo que eso conlleva, de hacer arte, no sólo crónica, de trascender y aislar un instante capaz de trasladar una inquietud universal, una incertidumbre, un concepto, una emoción... que otro lector podría hacer suya. Esos datos fueron suficientes para apostar por aquellos poemas.

Conocí luego la identidad de su autora, Ana Vidal Egea. Supe más de su vida, era joven, había nacido hacía 25 años en una pedanía murciana de inquietante nombre barroco y resonancias de cante flamenco, Dolores de Pacheco, de donde había salido a los 18 para estudiar periodismo y Filología Hispánica en Madrid y en Finlandia. Para entonces había gana-



do ya algunos premios literarios y publicado artículos en distintas revistas, trabajaba en el mundo del periodismo, y estaba concluyendo su tesis sobre el teatro de Angélica Liddell, la primera sobre esta autora, que leería un año después obteniendo un “Summa Cum Laude”. Seguí su trayectoria desde la lejanía durante los últimos siete años, y no era nada fácil, se movía muy rápido:

“Corro más rápido que la belleza
más rápido que la velocidad permitida a mi edad
corro creyendo que habré de topar con algún límite.
Llevo corriendo desde que aprendí a correr.
y correré hasta morir o hasta que alguien me detenga”.

Ana Vidal Egea tiene un currículum realmente admirable que en lo profesional le ha llevado a trabajar actualmente en Univisión y como profesora en Nueva York, en Cuny University, o a escribir con asiduidad en el *Huffington Post* y que en lo literario se ha materializado en su novela *Noches árticas* (2011) y en su libro de relatos *La otra vida. 18 relatos de amor y miedo* (2010), además de participar en recitales y antologías. En 2014 quedó finalista del Premio Adonais con este libro que ahora presentamos, *Dolores-Manhattan*, que se edita casi en paralelo con otro suyo, *Cuaderno de Asia* (un viaje de ruptura con la estabilidad que tantos sacrificios le había costado conseguir), ambos en edición bilingüe, español e inglés, en versión de la propia autora.

Si pongo aquí de relieve algunos de los hitos de su biografía, que seguramente ya están recogidos en la solapa del libro, es porque me interesa incidir en el terreno de lo autobiográfico y lo curricular. Aunque comencé este texto defendiendo precisamente que sus poemas contienen una lectura que nos conmueve y nos interpela aún sin saber nada de su autora,



porque tienen ya un alma propia, (en eso probablemente radica la grandeza y la fuerza de un texto poético), es cierto también que al contextualizarlos cobran aún un mayor significado. Por ejemplo el primero de los hechos que yo destacaba, el de ser una mujer que escribe: confirmar este dato resulta significativo no sólo porque esa mirada poética sobre el mundo nunca la podría proyectar igual otra persona que no fuera ella, sino, sobre todo, además, porque esa misma condición es también un tópico a romper, una lucha contra lo previsible (“No soy la mujer que se maquilla,/ ni la que aplaude...”; “Deseé durante años ser frágil,/ pero no pude permitírmelo”). Y porque, como vemos, algunas de esas experiencias vitales le despojarán de su propia condición ya no sólo de género, sino incluso de persona, como se desprende del estremecedor poema “La chica del guardarropa”: “...ahora que soy toda piedra,/...que existo sólo porque soy armario.”. Lo que no le impedirá reafirmar su identidad en medio de las adversidades como se refleja en el poema “Has de saber”:

“La mujer sin hijos, sin casa,
la mujer sin trabajo, sin destino,
de noche y sin sueño, hecha de agua;
que vaga itinerante buscando una tierra
donde quedarse.
La mujer que te mira sin prisa,
y sin ropa,
no tiene miedo”.

La propia autora consigna en el frontispicio de este libro que “es una autobiografía narrada mediante poesía. Está dividido en las distintas ciudades donde he vivido y amado. Cada poema reconstruye una parte de mi existencia”. Esta desnudez y esta sobreexposición inicial nos predispone a enfrentarnos con un libro, que, como todos sus libros, parte de

la verosimilitud de su experiencia para meternos de bruces en los conflictos reales de sus vivencias y de la sociedad que la rodea. Insistimos, sin caer por ello en lo puramente testimonial, eso ya lo hace en otros formatos, donde la implicación es explícita, tanto en sus artículos (<http://www.huffingtonpost.es/ana-vidal-egea/>), como en sus videos. Lo autobiográfico como semillero literario forma parte de su identidad como escritora y de su propia idea de la literatura. En el año 2012, Vidal impartió un taller en Miami titulado “Escritura autobiográfica. Empezar a escribir sobre lo que se conoce” enseñaba que “todos solemos fracasar en nuestras relaciones emocionales, pero todos fracasamos de manera diferente. Intento que cada uno busque en sí mismo la literatura que tiene su vida, la que nos hace diferentes del resto”. Los autores que allí convocaba como modelos: Thomas Bernhard, Anais Nin, María Zambrano, Alejandra Pizarnik, Anne Sexton o Sylvia Plath... dicen mucho de sus manantiales literarios.

La poeta dedicó además una importante etapa de su juventud a su tesis, más de 600 jugosas páginas sobre *El teatro de Angélica Liddell (1988-2009)*, cuya lectura recomiendo (www.anavidalegea.com). Suele ser revelador lo que un autor ha escrito sobre otros creadores para entender su propios intereses estéticos. Y su tesis sobre Angélica Liddell alumbró muchas de las claves literarias de la propia Ana Vidal Egea. No tanto porque se inspire en la autora teatral, que no es el caso, sino por el hecho mismo de elegir a esa autora y no a otra y porque a la hora de analizar sus obras proyecta en ellas sus propias preocupaciones respecto a la creación. Así, identificamos en esas páginas muchas de sus obsesiones, un hecho del que tal vez ella misma no sea consciente: el componente autobiográfico, la soledad, la enfermedad, el pesimismo, el retrato del dolor en una sociedad depredadora, el sentirse vulnerable, la latente violencia contra la mujer, el desasosiego



que transmite al lector, la crueldad, el desarraigo, la infancia, el sexo como destructor de la inocencia, el cansancio frente a los abusos de poder y la apatía de no tener utopías, la barbarie, el fracaso, la humillación, los desengaños, la creación como catarsis y medio para agitar conciencias,...

Pero si hay algo que identifica y diferencia la voz poética de Ana Vidal Egea es su condición de nómada. No tendríamos una instantánea completa suya y de su obra sin su experiencia de emigrante:

“Nosotros, los que nos fuimos pronto de casa,
 primero a otra ciudad, luego a otro país,
 –cada vez más grave– cambiando de lenguaje,
 de clima, desaprendiendo, mutando. Los que vivimos solos
 en hemisferios distintos, poniendo un océano de por medio
 que hace imposible regresar a tiempo”

Junto a las falsas autopistas rápidas y los atajos que el capitalismo voraz iba desplegando ante los ojos de nuestros jóvenes, prometiéndoles paraísos que nunca se cumplirían o costaría muchos sacrificios que se cumplieran, volvía a ser verdad aquello que decían los versos machadianos: “camionante no hay camino/ se hace camino al andar”. Así, los caminos y los lugares, elegidos unas veces, sobrevenidos otras (“Nos vamos otra vez,/ a cualquier parte”) marcan el tempo en sus poemas y le sirven para estructurar *Dolores-Manhattan* en nueve apartados (Dolores de Pacheco, Madrid, Edimburgo, Helsinki, Buenos Aires, México, Miami, New York, Submundo). Un trasiego de maletas y aeropuertos, de despedidas y reencuentros, versos de tristeza e incertidumbre, de desarraigo y cansancio que retratan un rasgo generacional, de ahí su importancia añadida:

“Nosotros, los que hemos dicho adiós tantas veces,



los que hemos masticado el silencio de los aeropuertos
 y nos hemos tragado la piedra de la duda;
 los que tenemos miedo a volar pero volamos
 a los que nos cabe todo en una maleta,
 los que hemos llegado de noche adonde nadie nos esperaba”

Partir, emigrar, soltar amarras de las raíces, para buscar un lugar en otro lugar. Ana Vidal Egea fue una de esos jóvenes españoles que, obligados por las circunstancias, tuvieron que buscar nuevos horizontes. No me había encontrado hasta ahora un/una poeta que retratase la diáspora de la juventud española de la crisis con la crudeza y la fuerza poética con que ella lo hace. En esas maletas viajaba la “Marca España” de toda una generación, y viajaba también “una sucesión de pérdidas y oportunidades”. Muchos de aquellos JASP (Jóvenes Aunque Sobradamente Preparados) que marcharon en busca de un futuro, que crecieron pensando que el futuro era suyo porque, les decían, eran la generación más preparada de este país y acabaron etiquetados como Mileuristas, la Generación del Precariado o ¡Perdidos!, como los bautizó el periódico francés *Libération* en su portada de julio de 2012, con letras en cuerpo 100, en negrita y con los colores de la bandera española de fondo.

“Nosotros, los huérfanos funcionales,
 los que no recordamos las camas en las que hemos
 dormido,
 los que tenemos que confiar en desconocidos,
 los que seguimos buscando con un mapa en la mano
 porque no tenemos lugar de descanso;
 nosotros, apretamos los dientes, agudizamos la vista
 y temblamos al recordar lo que vamos dejando.”



Leyendo este libro he recordado a aquel desencantado Luis Cernuda que escribía al final de su vida aquel poema estremecedor “Peregrino” (*Desolación de la quimera*):

“¿Volver? Vuelva el que tenga,
tras largos años, tras un largo viaje,
cansancio del camino y la codicia
de su tierra, su casa, sus amigos,
del amor que al regreso fiel le espere.
mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
sino seguir libre adelante,
disponible por siempre, mozo o viejo,
sin hijo que te busque, como a Ulises,
sin Ítaca que aguarde y sin Penélope...”

Y también he recordado a la María Zambrano, obligada a regresar a España, como bandera política del “último exiliado” que escribió aquel texto “Amo mi exilio” en el que decía: “Los cuarenta años de exilio no me los puede devolver nadie, lo cual hace más hermosa la ausencia de rencor. Mi exilio está plenamente aceptado, pero yo, al mismo tiempo, no le pido ni le deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo, y yo no puedo desear a nadie que sea crucificado”.

Hubo otros exilios, los políticos de la Guerra Civil, los exiliados culturales y laborales del franquismo, y generaciones que salían a formarse fuera y luego regresaban. O no regresaban porque habían encontrado otro lugar que ya era más su lugar. Ahora, en el mundo global, parece diferente, ¿Y qué es lo que ha cambiado? Tal vez la conciencia de que no hay lugar a donde huir, de que ya no quedan paraísos en los que refugiarse. En cada poema de este libro late la conciencia dramática de que después de ese vagabundeo por el mundo,





de ese peregrinaje, de esa búsqueda, “no hay un lugar a salvo”, y de que “vivimos sin refugio”. Por eso tal vez la última parada de este poemario sea ese otro lugar que habita en todos los demás: el submundo.

Ana Vidal Egea sabe reflejar con valentía esa atmósfera tan contemporánea. Y lo hace de forma poética, con intencionalidad literaria, construye su propio personaje sin pudor, se asoma a sus momentos de felicidad, a sus heridas, a sus logros y a sus cicatrices, al “pánico de la incertidumbre”, con pulso poético. La poeta “excava” en sí misma, como diría Rilke, para dejarnos un puñado de poemas que remueven nuestras conciencias, la conciencia cívica y la literaria.





DOLORES-MANHATTAN



Dolores de Pacheco. Verano del 2016

Este libro es una autobiografía narrada mediante poesía. Está dividido en las distintas ciudades donde he vivido y amado. Cada poema reconstruye una parte de mi existencia.







A mi Madre, a mi Padre.







1
DOLORES DE PACHECO, MURCIA
(ESPAÑA)







DOLORES-WOLFSEGG

Paralelismo entre Wolfsegg como el origen en la novela
“Extinción”, de Thomas Bernhard, y Dolores de Pacheco,
una pedanía recóndita donde nació y que no aparece en
muchos mapas de Murcia

Hablemos de Wolfsegg Murau,
de New York y de Roma,
de Helsinki y París,
de los refugios y el mal presagio,
porque la sombra no escapa de su sombra,
y no bastará la escapada negando,
querrán el grito en público en la lápida;
cómo sujetar a alguien que conoce los nombres,
con qué disfraz retener
a quién quería huir a tiempo,
cómo extirpar la raíz.
La exasperación viene del nacer en el desierto,
sin culpables,
en la tierra estéril, sin culpables.
¿Hicimos trampa Murau?
¿Acaso corregimos los anales akáshicos?
¿Éramos inocentes al creer
que el cambio de continente sería,
en verdad, un cambio?
Y las mujeres que estaban embarazadas,
están embarazadas otra vez cuando volvemos;





y nos mirarán preguntando, ¿por qué huyes?
y los que estaban siempre solos,
cavaron más soledad aún,
y temblando nos preguntarán,
¿por qué huyes?
Y los que estaban sin trabajo,
siguen sin trabajo cuando regresamos,
y sin comprender preguntarán, ¿por qué huyes?
Y los padres enfermos de vejez,
serán cada vez menos padres.
Y los niños, los curas, las amas de casa,
los agricultores, los vecinos, las limpiadoras,
los amigos de la escuela, los tenderos,
todos, menos los inmigrantes mirarán

preguntando

¿por qué huyes?

A Wolfsegg, a Dolores no se puede llegar en tren,
por eso aquí no hay turistas,
no hay nada que ver Murau, todo se esconde,
porque el dolor se esconde en los mapas,
tiene que esconderse Murau,
el escándalo se esconde,
todos lo saben pero fingen la ignorancia.

Murau este es el pueblo
y todos conocen sus reglas.





Las mujeres al casarse se cortan el pelo,
los jueves y los sábados se va a misa.
En el supermercado se actúa,
en la consulta del médico y en la iglesia, se actúa.
Cómo te atreves Murau a no aplaudir,
a venir aquí hablando de Roma.
a quién le importa dónde duermes,
lo que está fuera no existe,
debes entender que lo que sale de aquí
se extingue;
vives cuando entras y mueres cuando te vas,
da igual quién seas o qué hagas en otro sitio,
sólo importa quién eres aquí
pero aquí ya nadie te conoce,
inspiras recelo como los espías de la Guerra Fría.
¿A qué has venido si no es para quedarte?

Y aún así volverás.
este es el desarraigo, esta es tu condena.

Aquellos que veranean en el pueblo,
que hablan del encanto del pueblo,
no han crecido en el pueblo;
morirán sin saber de qué hablan.





EL PADRE

Hablar del padre es siempre presentarse,
resistir a la propia imagen delante del espejo
y notar que el miedo baila
en las cuencas de los ojos
como la llama diminuta
que podría incendiarlo todo.

Hablar del padre es
admirar y negar la diferencia,
soltar las manos que cubren los agujeros,
descubrir el desnudo imperfecto
(obeso o famélico).

Dejar visible huesos, órganos, células:
Tu mortalidad.

El padre vive.
Tratas de corregir la distancia
De hacerla real. Luchas.
Su tiempo es la cuerda convertida en hilo,
tu tiempo es la cuerda convertida en hilo,
y las palabras son cada vez más gruesas
como piedras que te empujan
al borde de la soledad mayúscula.





LA MADRE

En cada regreso algo ha desaparecido,
pero la habitación donde crecí sigue intacta,
ella dice que sigo durmiendo allí,
aunque yo no lo sepa,
que cada mañana abre la puerta del cuarto,
y comprueba las sábanas arrugadas en mi cama.
Contemplo a mi madre,
aún sigue esperándolo todo.
busco en las líneas de su mano
algún signo de cambio, peces nuevos en sus ojos,
y su aura de soledad llena el salón, la casa,
el pueblo, España, Europa, el Universo.





LA CASA

Hubo un tiempo
en que vivíamos en la misma casa
sin hablar.

Cenábamos en la misma mesa,
mirando la televisión, sin hablar.

Desconociste mi voz.

Yo te escuchaba gritar por teléfono,
te oía aplacar tus nervios, cantando mientras barrías,
venías a hablar de mí, frente a mi,
traías el teléfono mientras yo masticaba
para que oyera lo que decías,
para que me tragara tus palabras.

Subía el volumen.

Si gritabas, me incorporaba con lentitud,
y me marchaba sin prisa
mientras enloquecías.

No sé por qué elegí silencio
se me olvidó entre tanto tiempo,
entre tanta marea de razones.

Recuerdo, sólo, la puerta cerrada de mi habitación
y pasar las tardes mirando por la ventana,
al gato gordo y gris, sentado en el tejado de uralita,
al gato que clavaba en mí sus ojos y me retaba
a aguantar. Resistimos, una vez, horas.



Era un animal fuerte.
Pero por entonces, yo ya no tenía miedo.
Me iba muy temprano, no había nadie en la cocina,
volvía tarde a la enorme casa,
la casa blanca ennegrecida,
la de los ecos, y las paredes de plástico.
“Te oyen todos, en el pueblo entero te escuchan”,
pensaba yo, mirando las puertas abiertas de casa,
siempre abrías todas las puertas:
ventilación, limpieza, ventanas.
Hablabas, hablabas contra mí,
y yo te miraba silente, inmóvil.
Me golpeabas, con tu cuerpo delgado,
esperando una reacción,
pero no dolía,
no dolía lo suficiente,
no dolía más.
Un día me fui. Todo está bien.
Cuando vuelvo,
podemos hablar de cualquier cosa,
pero nunca de aquello.